

# Chasqui

Revista Latinoamericana  
de Comunicación

No. 65 - MARZO 1999

**Director**

Asdrúbal de la Torre

**Editor**

Fernando Checa Montúfar

**Consejo Editorial**

Jorge Mantilla Jarrín

Fernando Checa Montúfar

Lucía Lemos

Nelson Dávila Villagómez

María del Carmen Cevallos

**Consejo de Administración de  
CIESPAL**

Presidente, Víctor Hugo Olalla,  
Universidad Central del Ecuador.

Wladimiro Alvarez Grau,  
Ministro de Educación y Cultura

Paulina García de Larrea,  
Min. Relaciones Exteriores.

Juan Centurión, Universidad de  
Guayaquil.

Carlos María Ocampos, OEA  
Consuelo Feraud, UNESCO.

Luis Espinoza, FENAPE.

Héctor Espín, UNP.

Lenin Andrade, AER.

**Asistente de Edición**

Martha Rodríguez

**Corrección de Estilo**

Manuel Mesa

Magdalena Zambrano

**Portada y contraportada**

Oswaldo Guayasamín

**Impreso**

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL.

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Telf. 506 149. 544-624.

Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec

http://www.comunica.org/chasqui

Registro M.I.T., S.P.I.027

ISSN 13901079

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de Chasqui. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a Chasqui.

## NOTA A LOS LECTORES

Vietnam fue un hito mediático trascendental: los periodistas tuvieron tantas libertades para su cobertura que, para muchos militares norteamericanos, su país perdió la guerra por esa falta de censura. Otro hito, la Guerra del Golfo: fue la primera guerra transmitida en vivo y en directo a todo el mundo, pero las fuerzas en conflicto, especialmente de E.U. -que aprendió de Vietnam-, ejercieron un férreo control informativo, aunque sus antecedentes en Granada, Panamá, Malvinas... ya anunciaron una censura que, ahora sí, puso en práctica lo que el general Sherman dijo en el marco de la guerra de Secesión norteamericana: "Es imposible llevar a cabo una guerra teniendo una prensa libre".

Pero esto no libera de responsabilidad a los periodistas. La historia de los últimos cien años y su casi medio centenar de conflictos demuestra que en la corresponsalia de guerra han habido verdaderos periodistas, casi héroes, pero, también, propagandistas, creadores de mitos, espías, mercenarios, diplomáticos. Así, el dilema fundamental de estos corresponsales ha sido ser neutrales o tomar partido. Y esto, muchas veces, se ha resuelto al margen de la ética: la "obediencia debida" del periodista a su medio o patrón ("Ponga las ilustraciones y yo pongo la guerra", le ordenó William R. Hearst a su periodista y dibujante, Frederick Remington, acreditado en La Habana durante la guerra de independencia cubana, a fines del siglo pasado) o a los ejércitos de sus respectivos países, como en los casos de las dos guerras mundiales, Malvinas, del Golfo... con el argumento de que el periodismo debía apoyar a su nación; o porque el drama de la guerra es una fuente inagotable para el periodismo de la muerte y la espectacularización de la noticia, especialmente en TV, donde el negocio y el *rating* son determinantes y la ética está ausente.

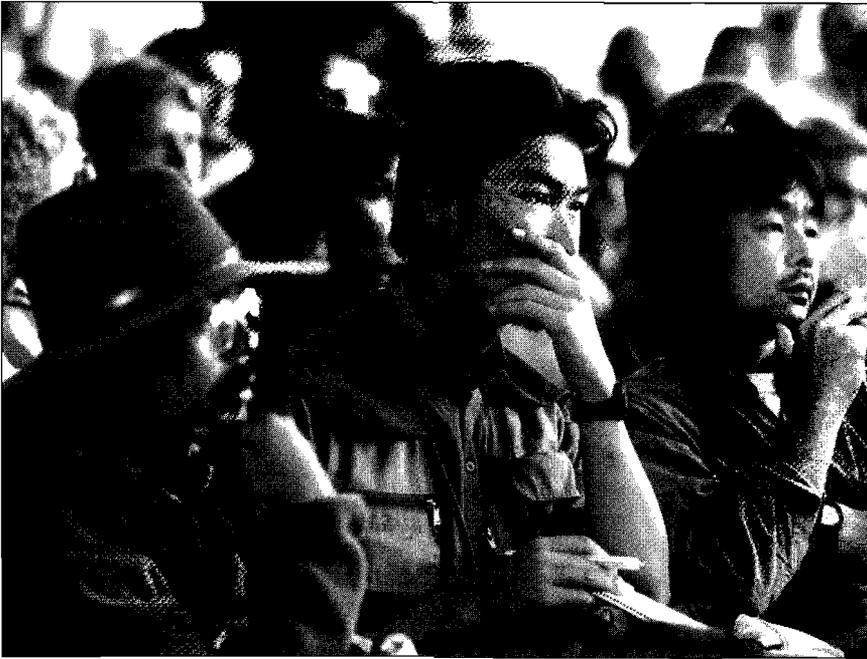
Pero también hay razones menos deleznable que afectan la neutralidad, porque el periodista enfrenta duras pruebas emocionales al sufrir y vivir conflictos bélicos, más aún en su propio país, particularmente los que se dan a nombre de la "limpieza étnica", las guerras de liberación, las luchas contra la opresión. Y es que para muchos periodistas, que han sido testigos del enfrentamiento entre lo justo y lo injusto, los oprimidos y los opresores; la imparcialidad no es fácil, seres humanos al fin y al cabo toman posiciones y desde ellas hacen su trabajo de manera brillante muchas veces, ahí están, por ejemplo: Ernest Hemingway, Martha Gellhorn... Porque, en definitiva, "La primera víctima de la guerra es la verdad", como lo señaló el senador norteamericano Hiram Johnson, en 1917.

Con **Corresponsales de guerra**, Chasqui plantea la discusión en torno a una actividad muy riesgosa -en 1968, la empresa de seguros londinense Helmers Cía. la catalogó como el oficio más peligroso del mundo- y compleja. Presentamos artículos con una visión histórica del dilema planteado, el rol del periodismo en la construcción de una cultura de paz o de guerra, el derecho internacional y esta actividad, semblanzas de conspicuos exponentes de este oficio y otros aspectos de un tema muy actual, más aún porque la guerra, lamentablemente, parece ser una condición inherente a la raza humana.

Excepto los textos de Priess, Reyes y García & Fuentes, todos los demás de este *dossier* fueron presentados en el I Encuentro Mundial de Corresponsales de Guerra, convocado por el Instituto Internacional de Periodismo José Martí y realizado en La Habana, entre el 24 y el 27 de noviembre de 1998. Nuestro agradecimiento a Guillermo Cabrera A., director del instituto, por permitirnos su publicación.

  
Fernando Checa Montúfar  
Editor

## CORRESPONSALES DE GUERRA



**E**l corresponsal de guerra, con mucha frecuencia, enfrenta el dilema de ser neutral o tomar partido. Razones reñidas con la ética y otras menos deleznable, como sus propias emociones frente a la brutalidad de la guerra, inciden en su decisión final. A esto se suman la censura y un férreo control informativo de las fuerzas en conflicto. Vietnam fue la excepción.

**4** Reportaje o ultraje: tomar partido o permanecer neutral  
*Barry Lowe*

**9** Conflictos, medios y cultura de la paz  
*Frank Priess*

**14** La guerra de los corresponsales  
*Angel Jiménez González*

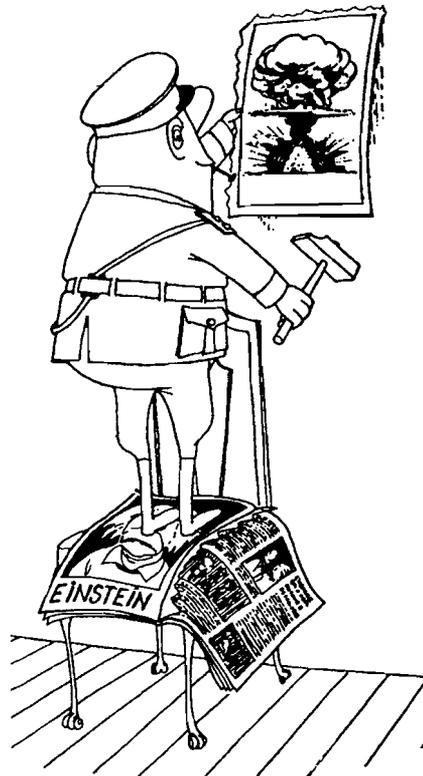
**18** Guerra, globalización y manipulación  
*Angus McSwann*

**22** Paisaje informativo después de la batalla  
*Gerardo Arreola*

**25** Periodistas de viaje: corresponsales de paz y corresponsales de guerra  
*Mariano Belenguer Jané*

**30** El poder emocional de la fotografía de guerra  
*Debra Pentecost*

**34** Entre armas, caridad por la humanidad y la paz  
*Jean-Marc Borner*



**38** Derechos y ética del periodista en misiones de alto riesgo  
*Guillermo González Pompa*

**41** Discurso político e imaginarios mediáticos alrededor del cierre de una frontera  
*Hernán Reyes Aguinaga*

**45** Hemingway, corresponsal leyenda  
*José Luis García Norberto Fuentes*

**49** Ernest Hemingway y Martha Gellhorn  
*María Caridad Valdés Francisco Echevarría V.*

**52** Masetti y Bastidas, corresponsalía y compromiso  
*Juan Marrero*

**54** El Che como corresponsal de guerra  
*Hugo Rius*

## CONTRAPUNTO

- 57 Diferencias entre periodismo y novelística  
*Carlos Morales*



## APUNTES

- 60 Las elecciones venezolanas y la influencia de los medios  
*Eleazar Díaz Rangel*
- 63 Comunicación y anorexígenos  
*Valerio Fuenzalida Fernández*

- 68 Jóvenes ¿Outsiders o Unplugets?  
*Sandro Macassi L.*

- 73 Imágenes juveniles, medios y nuevos escenarios  
*Oscar Aguilera Ruiz*

- 78 Democratización y políticas de comunicación. El caso de Guatemala  
*Hans Koberstein*

- 82 La información, ingrediente clave de nuestra organización social  
*Manuel Calvo Hernando*

## 84 NOTICIAS

## 86 ACTIVIDADES DE CIESPAL

## RESEÑAS

- 88 Revistas Iberoamericanas de comunicación  
*Daniel E. Jones*



Corresponsales de guerra

Revista Latinoamericana de Comunicación  
**Chasqui**  
No. 85, marzo de 1999

## PORTADA Y CONTRAPORTADA

Oswaldo Guayasamín

“Madre de la india”

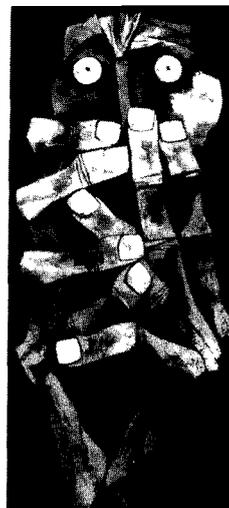
Oleo sobre tela. 300 x 150 cm.  
1988

“Lágrimas de sangre”

Oleo sobre tela. 220 x 110 cm.  
1973



Oswaldo Guayasamín  
“Lágrimas de sangre”  
1973





## LA GUERRA DE LOS CORRESPONSALES

*A fines del siglo XIX, corresponsales y periódicos estadounidenses contribuyeron a ejercer presiones sobre el presidente Mc Kinley, a través de la manipulación de la opinión pública, hasta convertirla en partidaria de la guerra contra el poder colonial español y los pueblos de Cuba, Filipinas, Puerto Rico y Guam. Algunos que cubrieron estos conflictos no solo fueron periodistas, también fueron agentes de inteligencia, exploradores, diplomáticos y consejeros militares. Para el autor, la guerra cubano-española-estadounidense, desatada en abril de 1898, podría ser considerada como "La guerra de los corresponsales"; pero detrás de diarios, semanarios y revistas, estaba el naciente imperio que ansiaba apoderarse de la "fruta madura".*

**P**ara finales del siglo XIX, en los Estados Unidos se publicaban aproximadamente 14.000 semanarios y 1.900 diarios. Solo en Nueva York, con una población de 2,8 millones de habitantes, la suma de la tirada de los diarios de las 8 a.m. y de las 7 p.m., alcanzaba la cifra de 2 millones de ejemplares.

La tenaz lucha entablada por los dos más conspicuos representantes del "periodismo amarillo": Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst, los condujo a fomentar y falsear cualquier hecho, siempre que, convenientemente aderezado con frases estridentes, titulares ciclópeos y colores llamativos, fuera capaz de atraer la atención de sus lectores y elevar la tirada de sus cadenas de periódicos.

**"Ponga las ilustraciones,  
yo pondré la guerra"**

Obviamente, casi ningún acontecimiento podía ser presentado con más atractivos para las masas, que una guerra humanitaria y altruista entre Estados Unidos, abanderados de las libertades y

ANGEL JIMÉNEZ GONZÁLEZ, cubano. Coronel del ejército, doctor en Ciencias Históricas, profesor del Centro de Estudios Militares de las FAR.

la democracia, y un régimen despótico, cruel y europeo, como el colonialismo español. Una guerra así convenía a los grandes consorcios del capital financiero norteamericano, aliados y patrocinadores de los periódicos, y sustento económico de la campaña electoral que llevó a William Mc Kinley a la presidencia de los Estados Unidos.

Pero no había guerra y, antes de desatarla, era menester movilizar a la opinión pública doméstica en su apoyo, de lo cual se encargó una prensa nutrida por una generación de corresponsales caracterizados por una intrepidez, maestría profesional y entrega al oficio, solo comparables con su falta de escrúpulos, típica de una ética muy peculiar. Por si eso fuera poco, se desdoblaban en agentes de inteligencia, exploradores militares, diplomáticos, y consejeros político-militares.

Periodistas de la talla de Grover Flint, Silvester Scovel, Bronson Rea y Charles Crosby inundaron los campos de Cuba, atravesaron furtivamente las líneas españolas, compartieron los riesgos de la azarosa vida de los insurrectos, entrevistaron a los principales dirigentes de la revolución, y regresaron a su país, burlando nuevamente la vigilancia colonialista, con el único fin de alimentar la inextinguible voracidad de las rotativas con textos e ilustraciones capaces de conmover a los lectores norteamericanos y de hacerlos comprar su diario.

Algunos ofrendaron su vida: Charles Govin murió macheteado por las tropas del coronel español Ochoa, en julio de 1896, y Charles E. Crosby murió de un balazo en la cabeza mientras presenciaba la acción de Santa Teresa, en marzo de 1897.

Pero, también, hubo no pocos que nunca se atrevieron más allá de Cayo Hueso o del bar del Hotel Inglaterra, desde donde generaron un ininterrumpido flujo de amañadas noticias, fruto exclusivo de sus fértiles imaginaciones, estimuladas por vapores etílicos. Entre estos últimos estuvo el periodista y dibujante Frederick Remington, enviado por Hearst a La Habana para que le remitiera ilustraciones sobre la guerra, y como deambulando por bares y cafés habaneros no veía signos de conflicto, a los pocos días cablegrafió a su jefe: "Todo está en calma. No hay problemas. No habrá guerra". La respuesta del zar de la prensa

amarilla ha pasado a la historia como botón de muestra de la prepotencia de aquel representante del llamado cuarto poder público: "Por favor quédese. Usted ponga las ilustraciones, yo pondré la guerra".

### ¿Victoria del ejército estadounidense?

El inicio de las hostilidades por parte de Estados Unidos contra los dominios españoles de ultramar, multiplicó la presencia de corresponsales de guerra en los diversos teatros de operaciones. Con el V Cuerpo del Ejército vinieron a Cuba 89 periodistas; para la campaña de Puerto Rico una oleada de reporteros -entre los que se encontraba el agente de la inteligencia norteamericana Henry H. Whitney- se vio precisada a fletar el yate Anita; y hasta en el más remoto confín del mundo, con el comodoro George E. Dewey, viajaron tres errantes corresponsales de guerra.

**A**ntes de desatar la guerra se movilizó la opinión pública doméstica en su apoyo, de lo cual se encargó una generación de corresponsales caracterizados por una intrepidez, maestría profesional y solo comparables con su falta de escrúpulos. Por si eso fuera poco, se desdoblaban en agentes de inteligencia, exploradores militares, diplomáticos, y consejeros.

En Cuba, un enjambre de reporteros agobió al mayor general Calixto García con demandas de grados militares honorarios del Ejército Libertador, caballos y guías. García se negó a acceder a las peticiones y los pertinaces periodistas trataron de sobornar a oficiales y soldados para que les alquilaran o vendieran cabalgaduras y servicios a precio de oro, el no rotundo de los mambises provocó que los airados corresponsales enfilaran sus lápices contra los independentistas. Sin embargo, la causa de esta metamorfosis era mucho más profunda y oculta, estaba en los propósitos que animaron a los E.U. a librar esta guerra.

Los mismos hombres que habían ponderado hasta la exageración las hazañas del Ejército Libertador, cuando convenía movilizar a la opinión pública norteamericana para que apoyara el esfuerzo bélico, al percibir la victoria sobre España como cosa cierta, comenzaron a denigrar al Ejército Libertador, al Consejo de Gobierno de La República en armas y al pueblo cubano.

Los otrora "heroicos luchadores por la independencia de Cuba", se convirtieron por ensalmo en infantiles, irresponsables, ladrones, cobardes, vagos y sucios, que necesitaban, para elevarse hasta la condición de seres humanos civilizados, la tutoría de un adulto responsable, honesto y valiente que les enseñara estas virtudes ¿Y quién mejor que el Tío Sam para hacerlo?

Esta fue la imagen que los corresponsales norteamericanos crearon para consumo de sus compatriotas y la que, un siglo después, repiten sus crónicas en las que ignoran o minimizan la participación del Ejército Libertador en el conflicto, para atribuirle total y exclusivamente la victoria al Ejército y a la Armada estadounidenses.

### Entre el periodismo y el espionaje

Nunca antes, ni después de entonces, gozaron los corresponsales de guerra de tanto prestigio, libertad de acción, respaldo de las autoridades civiles y militares, e influencia sobre la opinión pública. Era una época, no debemos olvidarlo, en que el lector medio creía a pie juntillas lo que decía su periódico.

Hubo unos siete corresponsales de esta casta que dieron al mundo la visión norteamericana de algunos conflictos.

**Grover Flint.** En marzo de 1896 llegó a Cuba en calidad de corresponsal del *Journal*, se internó en la manigua al sur de Cárdenas y dos meses después arribó al campamento del mayor general Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército Libertador, en la provincia de Las Villas. Flint marchó con Gómez, cruzó con él la trocha militar de Júcaro a Morón, presenció el combate de Saratoga y, en julio, salió de Cuba clandestinamente con destino a Green Keys, en las Bahamas, llevando consigo sus notas y bocetos.

Resultado de aquellas jornadas, de su agudo poder de observación y de su incansable lápiz, que al decir de Bernabé Boza, jefe de la escolta del General en Jefe, solo estaba quieto cuando el yanqui dormía, fue el libro *Marchando con Gómez*, una recopilación de los despachos enviados a su editor e ilustrados por él mismo, publicado en 1898, con envidiable oportunidad, pues Estados Unidos acababa de entrar en guerra con España.

**Silvester Scovel.** Al estallar la guerra de independencia en Cuba gestionó la corresponsalía de varios diarios y, a riesgo de su piel, se incorporó a las tropas del mayor general Máximo Gómez, en las que presenció numerosas acciones. Seis meses después regresó a La Habana y fue expulsado de Cuba por las autoridades coloniales.

Scovel ignoró el hecho y volvió al campo insurrecto en enero de 1897, ahora como corresponsal del *New York World* y armado de una cámara fotográfica. En esta ocasión traía misiones adicionales: tantee la disposición de los patriotas a aceptar una eventual autonomía o la compra de la isla a España, transacción en la que Estados Unidos saldría fiador. A la primera proposición, Gómez respondió tajante: "No, esas son pendejadas", pero mostró estar dispuesto a considerar la segunda, "siempre que no se comprometa la soberanía de Cuba".

En diciembre de ese año, apareció otra vez Scovel en el campamento de Gómez, acompañado por el cónsul de Estados Unidos en Cartagena, con el propósito confeso de recoger las pertenencias del difunto Crosby y la intención encubierta de explorar nuevamente la disposición de los patriotas ante distintas alternativas de poner fin a la guerra.

El 15 de febrero de 1898, el USS Maine había explotado. Alegando ser oficiales del navío, Scovel y otro corresponsal

lograron que un bote los llevara hasta los humeantes restos del acorazado y no contentos con aquella impresión de primera mano, abordaron el vapor *City of Washington*, donde habían encontrado refugio el capitán Charles Sigsbee y algunos otros supervivientes de la catástrofe. Allí lograron entrevistar al aún aturrido pero cauteloso comandante, quien además les confió la transmisión a Washington de su primer parte oficial sobre los hechos.

**Joseph J. Stickney,** del *Herald*, había sido oficial de la marina de guerra estadounidense antes de convertirse en corresponsal extranjero y se encontraba en Japón cuando la explosión del Maine. Su olfato profesional le dijo que aquel hecho, ocurrido en el otro lado del mundo, tendría inmediata y trascendente repercusión en el sudeste asiático. Cablegrafió urgentemente al comodoro Dewey, jefe de la Escuadra Asiática estacionada en Hong Kong, solicitándole autorización para incorporarse a la escuadra. Dos días más tarde, con la respuesta afirmativa del comodoro en la mano, Stickney abordó el crucero *Baltimore* en Yokohama y navegó al encuentro de la primicia periodística y de la fama.

**Edwin W. Harden** y **John T. McCutcheon** eran colegas que trabajaban para periódicos rivales de Chicago y hacían un viaje alrededor del mundo a bordo del vapor *Mc Culloch* cuando estalló la guerra. La movilización del *Mc Culloch* y su incorporación a la escuadra de Dewey les vino de perillas a ambos corresponsales y a sus periódicos, el *New York World* y el *Chicago Record*, respectivamente.

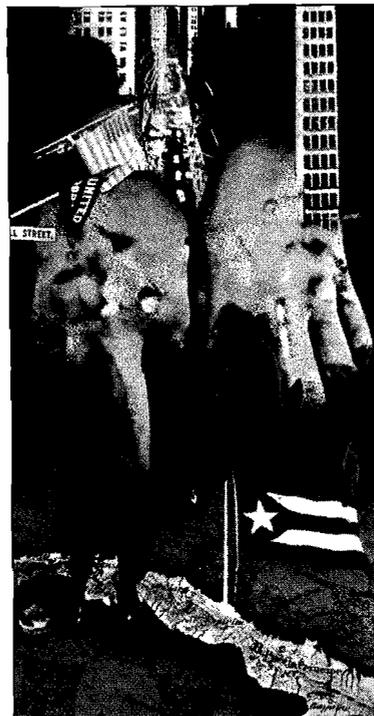
Los tres periodistas fueron testigos de la llamada batalla de Cavite, en mayo de 1898, donde Stickney fungió como ayudante personal de Dewey en el puesto de mando del buque insignia de la Escuadra Asiática. En solo una mañana, los navíos del almirante español Patricio Montojo fueron reducidos a chatarra y quedó sellado el ulterior destino de Filipinas.

Dewey había cortado el cable submarino que enlazaba a la isla de Luzón con Hong Kong, única vía que conectaba a Filipinas con el resto del mundo, de manera que para remitir el informe sobre su fulminante victoria al Secretario de Marina, estaba obligado a enviarlo con un enlace hasta la colonia británica.

Los tres corresponsales también ardían en deseos de comunicar a sus editores aquella noticia, que alborozaría al pueblo norteamericano, de modo que Dewey estableció un compromiso con ellos. El trío iría a Hong Kong, pero con la promesa de transmitir primero el parte oficial sobre los resultados de la acción naval y solo después, sus correspondientes despachos de prensa.

Sin embargo, Harden incumplió el compromiso contraído; envió primero su reportaje, pagando tarifa "Urgente", y a continuación el de Dewey con tarifa ordinaria. Debido a esta triquiñuela, censurable desde el punto de vista ético pero encomiable según los cánones de Hearst, el *Chicago Tribune*, que empleaba los servicios noticiosos del *World*, publicó los pormenores de la pasmosa victoria de la Escuadra Asiática, 12 horas antes de que el parte del comodoro llegara a Washington.

**William F. Halstead,** súbdito británico, era corresponsal del *New York Herald* en Puerto Rico, cuando en marzo de 1898, solo 40 días antes del estallido de la guerra, fue sorprendido mientras fotografiaba las defensas costeras de San Juan y encarcelado en los lóbregos calabozos del Morro, a reserva de ser juzga-



Josep Penau, España

do como espía al servicio de una potencia extranjera.

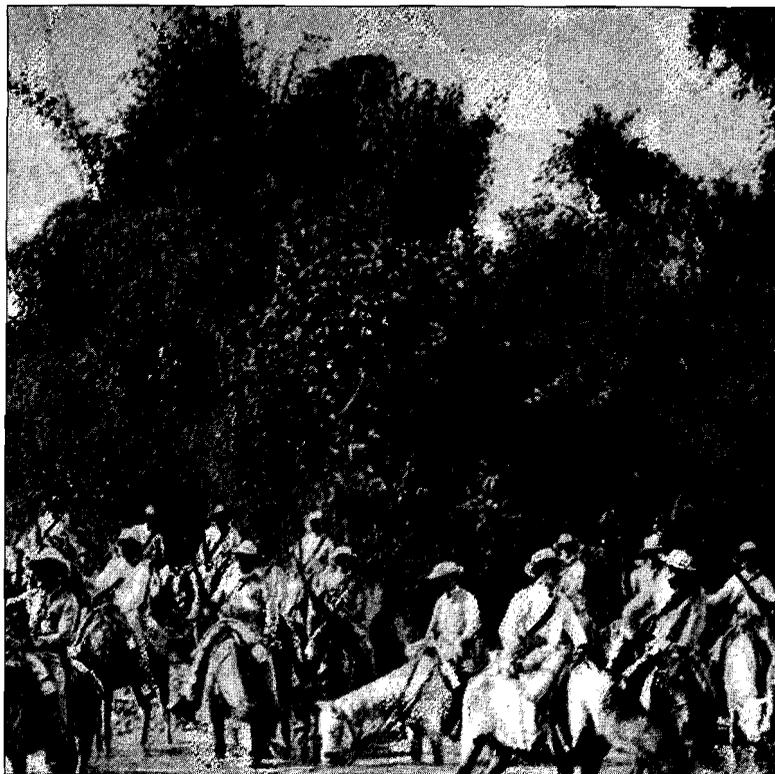
Desde su precaria situación continuó enviando reportajes al *Herald* a través del dentista y también corresponsal Manuel del Valle Artilles, ocultando sus textos en cajas de fósforos o subrayando palabras en libros prestados.

El 3 de mayo de 1898, un tribunal militar condenó a Halstead a 9 años de prisión, pero el hecho no alteró en lo más mínimo el tren de trabajo que el prisionero se había impuesto. Nueve días después resultó herido levemente como conse-

cuencia del bombardeo de la escuadra de Sampson sobre San Juan, y fue trasladado a la cárcel provincial, donde todo sería más fácil. Desde su nuevo encierro prodigó despachos a su periódico con la complicidad de L. A. Scott, dueño de la planta de gas de la capital boricua, quien los remitía clandestinamente a la isla de Saint Thomas.

Halstead se valió incluso de la correspondencia que sostenía con el cónsul británico, en la que incluyó un mensaje para Scott, donde le indicaba sobornar a uno de los operadores del cable, "pagándole lo que pidiera" para que priorizara la transmisión de sus despachos, aunque fuera de madrugada y sin pasarlos por la censura. También le recomendó buscar a un fotógrafo "astuto" para que tomara imágenes de San Juan bloqueado, ofreciéndole "lo que pida". Por último, previó que cuando la isla cayera, Scott debía congestionar el cable con mensajes interminables, de manera que no pudiera ser utilizado por reporteros rivales. Aquel increíble mensaje terminaba de manera muy convincente: "si necesita dinero, giraré".

Halstead fue indultado cuando ya España había capitulado, pero no cabe duda de que durante dos meses su cabeza



*Independentistas cubanos vadeando un río en 1897.*

olió a pólvora, a pesar de lo cual no dejó de ejercer su profesión.

**Steven Crane.** Obsesionado por las guerras y otras formas de violencia física, comenzó a redactar penetrantes reportajes para los periódicos en 1891.

Escribió una brillante novela sobre la Guerra de Secesión, *La Roja Insignia del Valor*, que lo llevó a la fama. Más tarde se enroló en una expedición que llevaba armas y municiones a los insurrectos cubanos. La embarcación naufragó el 2 de enero de 1897 frente a las costas de Daytona, Florida, y Crane permaneció durante 30 horas, en un bote a la deriva, junto a otros seis naufragos. La tragedia culminó cuando la pequeña embarcación se estrelló contra los arrecifes y uno de sus tripulantes murió ahogado. De aquella dramática experiencia nació su antológico cuento *El bote abierto*, que posteriormente fue llevado a la pantalla de cine.

Steven Crane vino a Cuba a cubrir la guerra de 1898 por cuenta del *World*, de Pulitzer, y de su paso por la isla nos queda, dentro del recinto que ocupa la Base Naval de Guantánamo contra la voluntad de nuestro pueblo, una colina que lleva su nombre.

De Guantánamo, partió Crane con las tropas del general Nelson A. Miles que fueron a invadir a Puerto Rico, y allí su audacia lo hizo adelantarse a las vanguardias. El resultado fue que el poblado de Juana Díaz se rindió a aquel joven uniformado, que portaba por todo armamento un lápiz y un block de notas.

La breve pero intensa vida de este arquetipo de los corresponsales de guerra de finales del siglo pasado, incluyó también al oeste norteamericano, México y la guerra greco-turca.

La guerra de 1898 no puede atribuirse, nadie en su sano juicio lo haría, a la acción de los corresponsales de guerra ni a la de la prensa, a pesar de que varias generaciones de norteamericanos hayan crecido en la convicción de que aquella fue la guerra de Mr. Hearst o la guerra de los periódicos.

Ciertamente, corresponsales y periódicos contribuyeron a ejercer presiones sobre el presidente Mc Kinley a través de la manipulación de la opinión pública, hasta convertirla en decidida partidaria de la "espléndida guerrita" que le pintaban, pero detrás de la alharaca orquestada por diarios, semanarios y revistas, estaba el naciente imperialismo, quien juzgaba que la hora de apoderarse de la fruta madura había llegado.

En todo caso, como anotó en su *Diario de Campaña* el mayor general Máximo Gómez -quien era bien parco para los elogios- "Lo que sí hay de cierto en el asunto es que, estos hombres se ganan muy bien su sueldo viniendo a estos campos a sufrir junto con nosotros, marchas y contramarchas, a comer carne flaca de toro, sin viandas y escribir unas cuartillas de papel, sin poder señalar ningún portento militar en esta guerra de tiroteos diarios". ●